

VI Jornadas de Investigación en Humanidades Homenaje a Cecilia Borel

Departamento de Humanidades

Universidad Nacional del Sur

30 de noviembre al 2 de diciembre de 2015



EDITORIAL
DE LA UNIVERSIDAD
NACIONAL DEL SUR

VI Jornadas de Investigación en Humanidades: homenaje a Cecilia Borel / Daiana Agesta... [et al.]; editado por Omar Chauvié ... [et al.]. - 1a ed. - Bahía Blanca: Editorial de la Universidad Nacional del Sur. Ediuns, 2019.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-655-222-6

1. Humanidades. 2. Investigación. I. Agesta, Daiana II. Chauvié, Omar, ed.

CDD 300.72



Editorial de la Universidad Nacional del Sur |
Santiago del Estero 639 | B8000HZK Bahía Blanca | Argentina
www.ediuns.com.ar | ediuns@uns.edu.ar
Facebook: EdiUNS | Twitter: EditorialUNS



Libro
Universitario
Argentino

Diseño interior: Alejandro Banegas

Diseño de tapa: Fabián Luzi

No se permite la reproducción parcial o total, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las Leyes n.º 11723 y 25446.

El contenido de los artículos es de exclusiva responsabilidad de los autores.

Queda hecho el depósito que establece la Ley n.º 11723.

Bahía Blanca, Argentina, julio de 2019.

© 2019, Ediuns.

VI Jornadas de Investigación en Humanidades “Homenaje a Cecilia Borel”
Departamento de Humanidades - Universidad Nacional del Sur
30 de noviembre al 2 de diciembre de 2015

Coordinación
Lic. Laura Orsi

Declaradas de Interés Municipal por la ciudad de Bahía Blanca.
Declaradas de Interés Educativo por la provincia de Buenos Aires en la sesión del 4 de septiembre de 2015 Resolución n.º 1665/2015-, Expediente n.º 5801361392/15

Autoridades

Universidad Nacional del Sur

Rector: Dr. Mario Ricardo Sabbatini
Vicerrectora: Mg. Claudia Patricia Legnini
Secretario General de Ciencia y Tecnología: Dr. Sergio Vera
Departamento de Humanidades
Directora Decana: Lic. Silvia T. Álvarez
Vicedecana: Lic. Laura Rodríguez
Secretario Académico: Dr. Leandro Di Gresia
Secretaria de Investigación, Posgrado y Formación Continua: Lic. Laura Orsi
Secretario de Extensión y Relaciones Institucionales: Lic. Diego Poggiese

Comisión Organizadora

Srta. Daiana Agesta
Dra. Marcela Aguirrezabala
Dr. Sebastián Alioto
Lic. Carolina Baudriz
Lic. Clarisa Borgani
Prof. Lucas Brodersen
Lic. Gonzalo Cabezas
Dra. Rebeca Canclini
Lic. Norma Crotti
Srta. Victoria De Angelis

Lic. Mabel Díaz
Dra. Marta Domínguez
Srta. M. Bernarda Fernández Vita
Srta. Ana Julieta García
Srta. Florencia Garrido Larreguy
Dra. M. Mercedes González Coll
Mg. Laura Iriarte
Sr. Lucio Emmanuel Martin
Mg. Virginia Martin
Esp. Andrea Montano
Lic. Lorena Montero
Psic. M. Andrea Negrete
Srta. M. Belén Randazzo
Dra. Diana Ribas
Srta. Valentina Riganti
Sr. Esteban Sánchez
Mg. Viviana Sassi
Lic. José Pablo Schmidt
Dra. Marcela Tejerina
Dra. Sandra Uicich
Prof. Denise Vargas

Comisión Académica

Dr. Sandro Abate (Universidad Nacional del Sur – CONICET)
Dra. Marcela Aguirrezabala (Universidad Nacional del Sur)
Dra. Ana María Amar Sánchez (Universidad de California, Irvine)
Dra. Marta Alesso (Universidad Nacional de La Pampa)
Dra. Adriana María Arpini (Universidad Nacional de Cuyo)
Dr. Marcelo Auday (Universidad Nacional del Sur)
Dr. Eduardo Azcuy Ameghino (Universidad de Buenos Aires – CONICET)
Dr. Fernando Bahr (Universidad Nacional del Litoral – CONICET)
Dra. M. Cecilia Barelli (Universidad Nacional del Sur – CONICET)
Dr. Raúl Bernal Meza (Universidad del Centro de la Provincia de Bs. As.)
Dr. Hugo Biagini (Universidad Nacional de La Plata – CONICET)
Dr. Lincoln Bizzozero (Universidad de La República, Uruguay)
Dra. Mercedes Isabel Blanco (Universidad Nacional del Sur)
Dr. Gustavo Bodanza (Universidad Nacional del Sur – CONICET)
Dra. Nidia Burgos (Universidad Nacional del Sur)
Dr. Roberto Bustos Cara (Universidad Nacional del Sur)
Dra. Mabel Cernadas (Universidad Nacional del Sur – CONICET)
Dra. Laura Cristina del Valle (Universidad Nacional del Sur)
Dr. Eduardo Devés (Universidad de Santiago de Chile)
Dra. Marta Domínguez (Universidad Nacional del Sur)
Dr. Oscar Esquisabel (Universidad Nacional de La Plata – CONICET)

Dra. Claudia Fernández (Universidad Nacional de La Plata – CONICET)
Dra. Ana Fernández Garay (Universidad Nacional de La Pampa – CONICET)
Dra. Estela Fernández Nadal (Universidad Nacional de Cuyo – CONICET)
Dr. Rubén Florio (Universidad Nacional del Sur)
Dra. Lidia Gambon (Universidad Nacional del Sur)
Dr. Ricardo García (Universidad Nacional del Sur)
Dra. Viviana Gastaldi (Universidad Nacional del Sur)
Dr. Alberto Giordano (Universidad Nacional de Rosario)
Dra. Graciela Hernández (Universidad Nacional del Sur – CONICET)
Dra. Yolanda Hipperdinger (Universidad Nacional del Sur – CONICET)
Dra. Silvina Jensen (Universidad Nacional del Sur – CONICET)
Dr. Juan Francisco Jimenez (Universidad Nacional del Sur)
Dra. María Mercedes González Coll (Universidad Nacional del Sur)
Dra. María Luisa La Fico Guzzo (Universidad Nacional del Sur)
Dr. Javier Legris (Universidad de Buenos Aires – CONICET)
Dra. Celina Lértora (Universidad del Salvador – CONICET)
Dr. Fernando Lizárraga (Universidad Nacional del Comahue - CONICET)
Dra. Elisa Lucarelli (Universidad de Buenos Aires)
Mg. Ana María Malet (Universidad Nacional del Sur)
Prof. Raúl Mandrini (Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Bs. As.)
Dra. Stella Maris Martini (Universidad de Buenos Aires)
Dr. Raúl Menghini (Universidad Nacional del Sur)
Dra. Elda Monetti (Universidad Nacional del Sur)
Dr. Rodrigo Moro (Universidad Nacional del Sur – CONICET)
Dra. Lidia Nacuzzi (Universidad de Buenos Aires – CONICET)
Dr. Ricardo Pasolini (Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Bs. As.)
Dr. Sergio Pastormerlo (Universidad Nacional de La Plata)
Dra. Dina Picotti (Universidad de Buenos Aires – CONICET)
Dr. Luis Porta (Universidad Nacional de Mar del Plata – CONICET)
Dra. M. Alejandra Pupio (Universidad Nacional del Sur)
Dra. Alicia Ramadori (Universidad Nacional del Sur)
Dra. Silvia Ratto (Universidad de Buenos Aires)
Dra. Diana Ribas (Universidad Nacional del Sur)
Dra. Elizabeth Rigatuso (Universidad Nacional del Sur – CONICET)
Lic. Adriana Rodríguez (Universidad Nacional del Sur)
Dr. Hernán Silva (Universidad Nacional del Sur – CONICET)
Dra. Marcela Tejerina (Universidad Nacional del Sur)
Dr. Fernando Tohmé (Universidad Nacional del Sur – CONICET)
Dra. Fabiana Tolcachier (Universidad Nacional del Sur)
Dra. Patricia Vallejos (Universidad Nacional del Sur – CONICET)
Dra. Irene Vasilachis (CEIL – CONICET)
Dra. María Celia Vázquez (Universidad Nacional del Sur)
Dr. Daniel Villar (Universidad Nacional del Sur)
Dr. Emilio Zaina (Universidad Nacional del Sur)
Dra. Ana María Zubieta (Universidad de Buenos Aires – CONICET)

Sandro **Abate**
Ximena **Picallo**
Mariela **Rígano**
(Editores)

**Humanismo y colonialismo:
debates en torno a la cultura,
la crítica y la literatura
europeas del siglo XVI**

Volumen 12

Índice

Atributos y representaciones eurocentristas en obras del siglo XVI.....	751
<i>Sandro Abate</i>	
Las Humanidades en Poggio Bracciolini: entre el imperar y la liberación.....	756
<i>Martín José Ciordia</i>	
Sir Walter Raleigh y la escritura literaria del primer colonialismo europeo	762
<i>David Fiel</i>	
Homoerotismo y Humanismo: el deseo y el pecado en la poesía de Michelangelo.....	768
<i>Facundo E. Martínez Cantariño</i>	
Ariosto poscolonial: representaciones del paisaje en el <i>Orlando furioso</i>	774
<i>Yanina Pascual</i>	
Lecturas en torno a Edward Said: aportes para pensar los modos de leer del humanismo colonial	779
<i>Ximena Picallo</i>	
Bradamante: el relato de una renuncia. Estudios de colonialidad y género.....	785
<i>Mariela Rígano</i>	

Sir Walter Raleigh y la escritura literaria del primer colonialismo europeo

David Fiel

Universidad Nacional de la Patagonia San Juan Bosco

ponycalamity@gmail.com

El “giro profano” del s. XVI no pasó tanto por abdicar de la figura de Dios sino por diversificar el gesto de endiosamiento, por multiplicar los objetos divinizados. La empresa nacionalista convertida en un Dios alternativo, justificaba la expansión de las prácticas de dominio; idea no tan novedosa, que ya Romanos y Cruzados habían empleado con el mismo fin y que ahora el siglo de Raleigh reformulaba apelando a un término que ganaba más y más adeptos a lo largo y a lo ancho de aquella Europa: el Estado.

El léxico relativo al ejercicio de la soberanía no cesaba de crecer en tiempos de Raleigh. Una “new-coyned distinction” entre “el Rey y la autoridad” (Skinner, 1998: 2), se sumaba a la proliferación de distinciones que los distintos partidos habían iniciado desde finales de s. XVI y sobre todo a inicios del XVII, con el propósito de justificar racionalmente la necesidad de una rebelión. El juego simbólico, una vez más, precedía la toma de acción. ¿Era la monarquía un poder absoluto, o bien estaba o debía estar limitada? ¿Le pertenecía la soberanía a una persona natural, la del rey, o bien, como en breve lo postularía Hobbes, a una persona ficticia, al “hombre artificial” del Estado? (Hobbes, 1994: 124). En tiempos de James I, bajo cuyo reinado Raleigh sería encerrado y decapitado, el poder había vuelto a apostar su fe naturalista con una convicción aún mayor a la que había prevalecido en tiempos de los Tudor; el Rey, en palabras de aquel monarca, era el “padre del pueblo”, “the King is father of the Poeples”, “*parens patriae*”, posición clásica del derecho divino de las monarquías al trono. En última instancia, atentados como el “Gunpowder treason plot”, ocurrido en 1605 y conocido también como “Traición jesuita” o “Conspiración de la pólvora”, del que Raleigh participó, fue una de las tantas críticas, y una de las más fuertes por cierto, a dicha posición. Llevada a cabo no por disidentes del naturalismo monárquico sino por oportunistas facciosos, esta protesta violenta ilustraba el descontento que se había diseminado en el interior del reino. En todo caso, y ya fuese por este tipo de vías o bien por vías racionales, la idea de soberanía comenzaba a ser blanco de una extenuación masiva, sistemática.

La gran pregunta que la pólvora y las razones se hacían era la siguiente: ¿adónde se situaba concretamente el poder?, ¿cuál era su asiento preciso, exacto? Antes de aspirar a disputarle el mandato al cuerpo natural del rey, parecía adecuado, por tanto, el procedimiento de interrogarse acerca de su naturaleza. Pensar, relativizar, analizar, fue siempre el primer acto concreto de rebeldía; aun si tras esta rebeldía se escondía el otro acto conservador: derivar dicho poder hacia esos nuevos, diferentes sitios que las facciones desplazadas necesitaban imponer, inaugurando otras internas partidarias que ganarían relevancia una vez que la disyuntiva mayor, concerniente al rey, quedase resuelta.

He aquí un esquema sucinto de las relaciones entre las partes en juego:

DIOS

REY (cuerpo natural) / PARLAMENTO (dos Estados: Lores y Comunes)

PUEBLO (súbditos)

En algún lugar entre el rey y el pueblo, y, de hecho, casi como una divinidad planeando por encima de ambas funciones políticas, se situaba el Estado. De manera que, por una serie de reducciones, Dios y el Estado, es decir una entidad soberana absoluta pero exenta, y una entidad anónima pero efectiva, pasaron en poco tiempo a convertirse en las dos manifestaciones primarias del poder absoluto en Occidente: el Estado como parte a la vez abstracta y corporal de una empresa nacional, y Dios como el nombre a invocar a fin de promover empresas bélicas, tanto de vindicación intestina como de invasión extranjera. El paso de la monarquía, del nombre del rey, al Estado monárquico, abstracto, representó en consecuencia el momento apical en la transformación de la actividad colonizadora en actividad imperialista. La única entidad política capaz de arrogarse fueros de esta clase era un Estado abstracto, impersonal, y no una monarquía de apellido regio, dado que solamente un Estado así podía conquistar y poseer en nombre del Dios cristiano, sin que los crímenes de sangre de la conquista pudiesen serle imputados a un nombre particular. La magnitud de la infamia era demasiado grande como para considerarla adecuadamente respaldada en la voluntad de una sola familia, por poderosa que fuese. La figura a la vez abstracta y física del Estado moderno permitía por tanto la máxima ganancia política y el mínimo compromiso moral, doble rédito que las prácticas imperialistas buscaban a fin de justificar y conservar su continuidad sin responder ante nadie por cargos de lesa humanidad.

La empresa conquistadora de Raleigh fue ambigua dado que ella tomó lugar en el momento previo a la eclosión de estos debates en torno a la naturaleza del poder y de la soberanía política. En tiempos de Raleigh, el poder era todavía propiedad de un cuerpo natural soberano, el del rey; en su caso particular, el de una reina virgen, Elizabeth I, “who was the great *cacique* of the north” (Raleigh, 2008: 49). Raleigh, por tanto, pertenecía al mundo de aquellos capitanes y aventureros que todavía “robaban para la corona”, autorizando sus acciones en la figura de los poderosos. La generación de Raleigh había estudiado leyes y armas en Oxford, en Lyons Inn y en el Middle Temple (Schmidt, 2008: 4), entre otros sitios de prestigio; los grandes modelos a seguir, para estas gentes del interior del país que habían logrado evadir el anonimato provincial (en el caso de Raleigh, su paso de Devonshire, sudoeste del reino o West Country, a la capital, a London), eran todavía hombres de la talla de Sir Thomas More o de Pedro Mártir, seres togados que, carentes de bienes materiales notorios, consiguieron no obstante tomar parte activa en los debates políticos del día, y ello solamente merced a su virtud e inteligencia (More había apostado su propia vida a la defensa de una difícil posición pro-papal en tierras recientemente protestantes; Pedro Mártir había condenado arriesgadamente, con argumentos de virtud, la brutalidad española en las Indias occidentales). Incluso con este tipo de modelos épicos por detrás, Raleigh jamás tomaría sin embargo la vía de un riesgo personal excesivo, sobre todo si éste lo indisponía ante aquellos cuyo favor iba a solicitar; sí ensayaría en cambio, dada su condición de “cortesano conquistador”, la vía de la negociación y de la persuasión seductora, poniendo sus dotes verbales al servicio de sus objetivos.

La necesidad de realizar la vida como una novela, y también, paralelamente, la de escribir con acciones una obra, se conectaron profundamente en él; en su década dorada, que transcurrió entre 1570 y 1580, e incluso durante su década declinante, la de 1590, Sir Walter Raleigh fue un cumplido “overreacher”, figura que el teatro posterior, de la década de 1590 y 1600 (de *Tamburlaine*, *The Jew of Malta*, *Doctor Faustus* y *The Massacre at Paris*, de Christopher Marlowe, a *Richard III* y *Macbeth*, de William Shakespeare) sabría explotar, quizás inspirándose en casos como el suyo u otros por el estilo. El término “overreacher” provenía de los intentos del retórico George Puttenham (*The Arte of English Poesie*, 1589) por traducir a la lengua inglesa la palabra griega “hipérbole”. Raleigh, cortesano,

aventurero, conquistador, hombre de letras, había sido hiperbólico en el terreno de las armas y en el de las letras; en sus decisiones sartoriales, como las de aquel episodio célebre que el cronista Thomas Fuller narró en *Worthies of England* y que marcó su altisonante, colorido ingreso a la escena política: el despliegue de la “plush cloak” a los pies de la reina cuando ésta cruzaba un poco tambaleante el “plashy place” de una London recién llovida y embarrada (Schmidt, 2008: 5-6); en su interés por la madre de los saberes profanos: la química (recuérdese que el Faustus marloviano también la practicaría en pocos años más); en sus actividades bélicas, con su infame participación en ese deporte nacional inglés que consistía en masacrar irlandeses a fin de prepararse para mejores guerras; en alimentar la secesión francesa de fines de la década de 1560 y comienzos de la década de 1570; también en sus intrigas políticas de palacio y sobre todo en sus empresas extranjeras, ya fuese como partícipe, como capitán o como sponsor. Este entrenado gesto hiperbólico se trasladó naturalmente a su faz de conquistador: cuando Raleigh conciba una empresa ultramarina, no aspirará a menos que a un El Dorado (Raleigh, 2008: 5).

La ambigüedad de la empresa raleighiana, motivada por la situación histórica única más arriba comentada, recibía incluso una segunda justificación. Al carácter abierto de las teorías y de las prácticas políticas en la Inglaterra del 1600, habría que añadirle aún el carácter también abierto del saber que indicaba las direcciones a seguir en los viajes intercontinentales: la cartografía. El estado del conocimiento cartográfico del globo sufría por entonces las anamorfosis propias del punto de vista político que lo emitía. El mapa inglés del mundo no coincidía completamente con el mapa español o francés (Crespo, 2013: passim). Estas representaciones ligeramente divergentes justificaban dichas anamorfosis parciales en los proyectos expansivos, opuestos entre sí, de cada nación. Una ciencia abstracta, elaborada de modo relativamente desligado respecto de los proyectos de Estado, todavía no había asumido el rol de imponer objetividad en el orden del conocimiento. Por cierto, los mapas eran “los ojos de la historia”, al decir de Mercator; pero también acontecía que esos ojos usaban ya lentes que ajustaban sus focos a lo que cada nación había decidido ver o proyectar. Los mapas, para las naciones que esta Modernidad colonialista hacía surgir al calor de sus propios proyectos conquistadores, eran pantallas que reflejaban los deseos de la casta política, más que la representación consensuada, neutra, del globo. Secretos de Estado, los mapas pre-modernos, asociados a proyectos de expansión, eran por tanto “realidades cartográficas paralelas” (Chet Van Duzer, 2014: 153-4). La guerra de los mapas, que duró por lo menos durante un par de siglos, sólo quedó zanjada cuando los tres o cuatro grandes imperios del siglo XVII comenzaron a colidir a escala global, y la repartición clara del mundo, cuya eficacia dependía de la demarcación consensuada de tales sitios, se volvió parte del proceso imperial mismo.

En resumen: si acaso hay algo que le confiere un sabor pre-científico a los escritos de viaje dejados por Sir Walter Raleigh, es su participación ambigua tanto respecto del tipo de poder al que el capitán remitía su empresa de conquista, como respecto de la topografía y de la etnografía envueltas en sus descripciones. Anterior a las disputas en torno a la naturaleza de ese poder, y anterior también a la solución científica del problema de la divergencia de los mapas, la narración contenida en *The Discovery of Guiana* (1596) muestra con claridad que la única opción para un viajero conquistador que quisiese dar cuenta al mismo tiempo de un periplo y de un propósito político, estaba solo en la literatura. La literatura, sobre todo en su situación pre-estatal en Inglaterra, hasta inicios del siglo XVII, fue el único modo de la escritura que hacía posible las expresiones positivas por fuera de una teoría política todavía indecisa en cuanto a la cuestión del poder, y por fuera de una teoría científica todavía irresuelta en cuanto al aspecto objetivo de la geografía global. Esa zona indeterminada en la que se inscribía el proyecto raleighiano, solamente podía ser literaria dado que este modo de la escritura era el único discurso que “restaba”, que fundaba su autonomía retórica en el pasado, en la tradición de la

cultura letrada. Escribiéndose desde una apertura imaginativa no ceñida todavía a ningún protocolo descriptivo, ella permanecía al amparo de una suerte de “desobra” (en sentido blanchotiano), es decir de vacancia política, como habitando el limbo de un “antes epistemológico” que la política, la teología y la ciencia no habían demarcado aún ni tampoco rozado con sus conceptos y propósitos.

Este mismo problema trasladó sus efectos a la práctica misma de la colonización en Raleigh. La llegada a un territorio desconocido, la instalación no necesariamente violenta de los colonos, y sobre todo la concreción del propósito central del periplo: el proceso de importación irrestricta de las riquezas naturales allí halladas con la finalidad de hacer dinero luego en Europa, eran, en tiempos de Raleigh, realidades concomitantes, procesos inmediatos. Las economías europeas de aquellos tiempos de guerra, exigían una rápida expansión a fin de acceder a materia prima negociable y al mismo tiempo evitar el costo de un desarrollo progresivo, que habría demandado un sostenido trabajo de producción, una organización industrial y por tanto una erogación que las mismas guerras distraían. No había tiempo para los escrúpulos excesivos, de modo que Sir Walter Raleigh, con ese candor propio de las escenas cruentas de la historia, participó sin ambages de esta muy difundida racionalidad. Las guerras no habían sido aún el objeto de un juicio condenatorio, el Humanismo era todavía un asunto de escritorio más que de intelectuales agitando la escena pública desde la prensa. Expresiones directas de la vida de los pueblos, las guerras eran un hecho natural. Marx mismo, siglos después e inspirado en una idea histórica de justicia, aprobaría también el recurso a la violencia como medio para realizar el propósito trascendental que su doctrina postulaba: entregarle a una clase postergada, el proletariado, el control sobre el poder político. Desde Raleigh, aunque también desde aquel Edmund Spenser que había redactado el no menos ambiguo alegato de vindicación armada titulado *A View of the State of Ireland* (1598), hasta Marx, Nietzsche e incluso Joseph Conrad con su mención de la “mission civilisatrice”, y más acá, hasta un Fanon o un Sartre, que tampoco la deploraron como salida, la guerra devino para la Modernidad europea un recurso legítimo para la producción de historia.

Uno puede solamente especular respecto de la naturaleza interna de ese candor que en los días de Raleigh acompañó tales empresas. Cortesanos como Raleigh, como Samuel Daniel o como Edmund Spenser, debían ver las guerras a la manera de otros hechos naturales más. La razón de esto, otra vez, sólo podía hallarse en el tipo de poder al que esos escritores se enfrentaron: el poder, para ellos, era también otra fuerza natural, y su asiento era siempre la persona concreta, física, de un soberano que había accedido por derecho divino al trono; en consecuencia, toda acción que emanara de esta criatura de privilegio sólo podía tenerse en última instancia por inevitable, incluso si se la consideraba caprichosa. Libre todavía de esos pliegues de razón que surgirían tras la puesta en entredicho del poder, es decir tras devenir éste un objeto más de interrogación filosófica, el poder se ejercía todavía de manera irrestricta para Raleigh; y su duplicidad, es decir la sospecha de su no naturalidad, sería tema de reflexión solamente cuando dicha fuerza quedase sometida al análisis de las instituciones que el parlamentarismo triunfante haría proliferar, y en general una vez que la idea misma de soberanía cayese en manos plebeyas, sobre todo durante el período de la dos Guerras civiles y de los dos decenios del interregno de Oliver Cromwell, que coronó las disputas acumuladas en la isla precisamente desde tiempos del aventurero Raleigh.

En *Apories* (1996), y conforme a su posición deconstructiva, Derrida trabajó el difícil, espezado retorno político a la ambivalencia pre-moderna, a aquel estado previo a la consolidación institucional de la “buena consciencia” europea (38ss, passim), responsable de haber naturalizado y diseminado su dominio sobre el resto del mundo durante siglos, y concretamente durante esa fase de su historia, la Modernidad, que autores de tiempos recientes han relacionado con la colonialidad (Lander, 2000). Ahora bien, la actitud derridiana difiere notablemente de la asumida en líneas generales por el

grupo que conforma el Proyecto M/C; el filósofo argelino considera allí el proceso de conformación de la “buena consciencia” europea moderna, en términos más bien ético-políticos, es decir de posibilidad, que en términos histórico-ideológicos de probabilidad. Su posición no es naturalista sino teórica, dado que él pensó el mundo en dicho libro como una sustancia maleable y no como un caso cerrado al que habría que responder con otra “fuga hacia adelante” más, desgastando el tiempo disponible y propagando nuevas instancias de odio doméstico e internacional.

Es adecuado traer a colación el escrito de Derrida en este contexto, puesto que Raleigh vivió exactamente en tiempos en los que esa “buena consciencia” todavía no había echado sus raíces en las prácticas políticas. Tanto Elizabeth I, “the great *cacique* of the north”, como Felipe II el Prudente, qué duda cabe, llevaron adelante políticas despiadadas, centralistas, dominadoras; no puede decirse de ellos, sin embargo, que hayan buscado instalar en algún “cielo moral” la idea de una universalidad que pudiese ser remitida a una clase, es decir a un modo general de la consciencia social. La universalidad que ellos pretendían había sido relativa a sus propios proyectos de dominio y en ellos se agotaba, sin que todavía una noción de “forma de vida” pretendiese ontologizar la voluntad de dominio envuelta en todo ello, situándola por fuera o por encima de los confines del proyecto mismo. Raleigh vivió antes de la fijación progresiva de los Estados que sustentarían y encarnarían hipócritamente esa “buena consciencia” que Derrida denunció, antes de la estipulación de una ciencia objetiva que detentase poderes sobre el almacén de objetividades del mundo conocido y dominado. En cierto sentido, la aventura o viaje especulativo de Derrida, yendo trabajosamente hacia atrás, desde la “buena consciencia” instalada ya en el corazón político-moral del sujeto moderno, hasta llegar al puerto, hoy en apariencia imposible excepto por transfiguración político-subjetiva total, de aquel momento de infancia, de aquella “primaria” de la pre-modernidad en la que Raleigh vivió y se desarrolló, y los viajes a la vez candorosos y crueles de Raleigh, avanzando por mares y por tribus americanas con una mezcla de sorpresa y de especulación, son quizás el mismo viaje, aún si sus direcciones son contrarias. Solamente una historia pensada como línea sin retorno de conflictos que no cesan de acumularse, y por tanto como “fuga hacia adelante”, invalidaría el carácter éticamente promisorio, esperanzado, de ese viaje. Una noción opuesta, abierta, espacial, subjetiva, de historia, homologaría por el contrario los proyectos de ambos: el de un Derrida procurando alcanzar ese pasado en que la Modernidad no había clausurado aún el perfil ético-político que iría asumiendo cada vez con mayor fuerza, y el de un Raleigh avanzando con convicción, aunque sin poder saberlo, hacia la coagulación institucional de esa Modernidad cuyos umbrales movedizos él mismo pisaba. En todo caso, el mar en el que este extraño viaje todavía acontece es únicamente el de la literatura, no el de la historia; pues sólo en dicho modo del discurso es posible la “ética de los contactos” que expuso Derrida al proyectar su retorno del Estado homogéneo al sujeto, del Imperio anónimo al interés por las particularidades del otro, proyecto que no por casualidad encontró su eco exacto en la sensibilidad que Sir Walter Raleigh puso en juego en su propia “ética del contacto”, esa que no cesa de manifestarse en la narración de sus felices encuentros con las tribus de la “descubierta” Guyana.

Bibliografía

- Crespo, A. (2013). *Los grandes proyectos cartográficos nacionales en el siglo XVI*, Madrid, Instituto Geográfico Nacional.
- Derrida, J. (1996). *Apories*, Paris, Galilée.
- Hobbes, T. (1994). *Leviathan*, London, Hackett Classics.

- Lander, E. (Ed. y Comp.) (2000). *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales*, Buenos Aires, Clacso.
- Raleigh, Sir W. (2008). *The Discovery of Guiana*, Ed. B. Schmidt, Boston, Bedford.
- Schmidt, B. (2008). *Introduction*, en *The Discovery of Guiana*, Boston, Bedford.
- Skinner, Q. (1998). *Liberty before Liberalism*, Cambridge, CUP.
- Van Duzer, C. (2014). *Christopher Columbus Book of Privileges: The Claiming of a New World*, New York, Levenge.